

misterio y de teosofía; la forma en que viene expresada me hace pensar con frecuencia en la fraseología de pequeñas congregaciones de iniciados, más bien que en el habla poética de una comunidad grande. No puedo menos de descubrir esta cualidad en toda la colección, si bien no se manifiesta igualmente en todos los himnos, porque aun la imaginación más abstrusa tiene sus momentos de sencillez... En este sentido pienso que el espíritu del Rig-Veda es mucho más conforme y semejante de lo que ordinariamente se cree al de las demás colecciones védicas y brahmánicas.»

«Los himnos védicos, diremos también con Whiney, no son en manera alguna expresiones inmediatas de la adoración sencilla y cordial del creyente; al contrario, son obras de poetas de profesión, fruto, por decirlo así, de una corporación poética, y no dejan de tener cierta analogía con la labor de los *meistersaenger* germánicos. Buena parte del Rig-Veda, para decirlo en dos palabras, es pura *poesía de mecanismo*, de origen artificial, un tejido de lugares comunes reunidos por nuevas combinaciones, ó sea una reconstrucción de viejos temas con alusiones místicas é inexplicables, con ciertos conceptos traídos como por los cabellos y una fraseología que fatiga y que no puede traducirse de forma que ofrezca sentido ordenado, puesto que tal elemento no existió desde el principio.»

Por lo dicho vése claramente que es falso en absoluto el supuesto de la *simplicidad* de las creencias védicas, y la *espontaneidad* de la formación de sus mitos, con lo cual va por tierra toda la construcción científica de la Mitología comparada que sobre ello funda sus deducciones acerca del origen y evolución de las religiones arias.

En confirmación de lo expuesto pudiera establecerse un paralelismo entre el desarrollo de las ideas religiosas en la India y en otros pueblos, aun en las tribus salvajes, donde es dado ver como las creencias fundamentales aparecen sin sombra de mito, y la fase mitológica representa un período no primario sino más ó menos reflejo de las religiones. Pudiera asimismo servir de argumento contra la pretendida *personificación de la naturaleza* convertida en mitos, todos los himnos que los indios consagraron á los mismos elementos

naturales sin confundir sus propiedades ni reducirlas á metáforas. El lenguaje de los himnos al «Cielo» y á la «Tierra,» á la «Aurora,» al «Sol,» al «Fuego,» al «Viento,» con ser lenguaje de verdadera poesía, está tan lejos del tipo mítico y fantástico de las teorías á que venimos refiriéndonos, como puede estarlo la mejor obra literaria escrita en las modernas lenguas de Europa.

¿Y que habrá de decirse del *segundo principio* indicado, según el cual á la manera que las lenguas arias tienen un centro privativo, las creencias mitológicas de los arios son también peculiares de ellos? Un libro entero pudiera escribirse sobre las exageraciones y despropósitos de todo género á que se entregaron filólogos y críticos desde que se le dió al sánscrito la primacía en la familia indo-europea, hasta nuestros días. Pero todas aquellas creaciones de fantasía han caído para no levantarse ya, y hoy queda su recuerdo como saludable aviso de desengaños en juicios científicos no suficientemente madurados. El sánscrito perdió aquella su primacía absoluta en la familia aria; los Vedas, reducidos á trabajo impersonal de elaboración sucesiva, aparecen con una antigüedad disminuída en muchos siglos á la que les fué atribuída; las tradiciones cosmogónicas y las tradiciones religiosas, como queda dicho, encuéntranse eslabonadas con las babilónicas y demás del antiguo Oriente; la antigüedad de la cultura india se desvanece, sin que quede ni una sola prueba auténtica de ella, y ante las múltiples que en todos los órdenes se nos ofrecen de importaciones extrañas, según también hemos indicado. En una palabra, la India, creída *cuna* de los arios, viene á constituirse en la *tumba* de su expansión; resultando verdad que es tan privativo el tronco lingüístico ario como su cultura y su religión, ya que tan inadmisible es lo primero como es lo segundo.

La Glotología, pues, como explicación científica de las formaciones míticas es *mito lingüístico* que su propia deleznable constitución hace caer del pedestal sobre el cual indebidamente se le ha querido levantar. Pero además de la incapacidad intrínseca del sistema glotológico para asumir la representación del politeísmo, como se desprende de su

propia naturaleza, pudiera señalarse también el inconveniente general de todos los sistemas exclusivistas abundosos en la materia, que por eso mismo no pueden ofrecer solución cumplida.

El problema del politeísmo antiguo es, en efecto, un problema de suyo muy complejo, cuya explicación por consiguiente no podrá reducirse á un solo orden de factores sin que ésta deje de ser imperfecta é incompleta. De aquí el doble error en que se incurre en tales teorías: el de creer que los sistemas religiosos antiguos han de constituir forzosamente un tipo homogéneo doctrinal sin mezcla de extrañas ingerencias y de principios que aparezcan con carácter no privativo, sino común, y el de pretender fijar en una sola y exclusiva manifestación psíquica, cualquiera que ella sea, la razón genética de cada sistema mitológico. Lo primero nos explica las tan frecuentes como extrañas y sorprendentes contradicciones de los hombres más doctos y versados en la materia al tratar y definir unos mismos puntos, á pesar de utilizar todos unos mismos medios. Lo segundo constituye el origen y causa de que aparezca á cada paso forzada la exposición de los hechos para hacerla entrar en los moldes de sistema, é inverosímil y gratuita por ende la interpretación que se les da, ocasionando todo ello el descrédito del procedimiento, y la aparición de otros nuevos que teniendo los mismos inconvenientes, acaban por desautorizarse mutuamente al ponerse de manifiesto la insuficiencia de sus conclusiones.

Motivado por esto vemos que unos en la más remota antigüedad hallan siempre el monoteísmo como principio de todo el ulterior culto religioso, mientras otros no descubren en ella más que un politeísmo pobre y mezquino, que más tarde produce según la condición de los pueblos, los múltiples aspectos que ofrece la divinidad en ellos. Para unos los monumentos babilónicos, p. ej., expresan un puro concepto monoteísta en la divinidad de *Ilu*, al cual los demás dioses, como genios inferiores, vienen á subordinarse; para otros *Ilu* (dios) representa, por el contrario, todo el conjunto politeísta, reducido á una fórmula nominal en singular, sosteniendo otros, finalmente, que *Ilu* no es un dios

personal, sino más bien una personificación de la naturaleza y una divinización del orden cósmico. Cosa análoga acontece cuando se considera como expresión monoteísta fenicia el gran dios señor de los cielos, el *Baal-Samain*, y cuando se ve el politeísmo en las múltiples subdivisiones de los *Baalim* que luego se encuentran esparcidos; cuando se estudia como forma politeísta egipcia la de *Amón* y *Ra*, ó como expresión monoteísta la de *Amon-Ra* en Tebas; cuando se distingue en el zoroastrismo la contraposición dualista de Ormuzd y Arhiman, ó se atiende al carácter monoteísta del poder absoluto final con que el primero subordinará al segundo al acabarse los tiempos; cuando por último se fija la consideración en el politeísmo naturalista de los más antiguos himnos védicos, ó se repara en el tipo religioso panteísta que con la unidad del supremo Brahma en la época del brahmanismo propiamente tal, aparece extendido en la India.

Tales extremos llevados al terreno doctrinal como tesis exclusivas dentro del monoteísmo ó del politeísmo, no pueden nunca responder á la verdad; porque las religiones paganas no representan un sistema fijo y coherente en su conjunto, sino más bien son la suma, frecuentemente contradictoria, ora de tradiciones de diverso carácter y origen, ora de creaciones de la fantasía sumadas por modo el más ilegítimo á los dictámenes de la razón, que vinieron á oscurecer. De ahí esa mezcla informe de conceptos luminosos y conceptos absurdos, de doctrinas las más sanas y de afirmaciones las más bajas é inaceptables, tan frecuentes en el paganismo. Y es que para hallar el orden genético del paganismo hay que atender principalmente al proceso evolutivo de los varios factores que en él hubieron de intervenir. Estos factores pueden reducirse á las siguientes categorías: nociones *teológicas*, ya tradicionales, ya adquiridas por la reflexión sobre el carácter mudable y contingente de las cosas creadas. Nociones *cosmológicas*, especialmente *cosmogónicas*, íntimamente enlazadas con las anteriores, puesto que de la doctrina sobre el origen del mundo y su formación, depende el concepto del mismo y del Principio que le dió el ser. Nociones *mitológicas*, resultante

de una desviación sucesiva de los principios de la razón y de la tradición en orden á las nociones *teológicas* y *cosmogónicas*. Los conceptos teológicos son obra á un tiempo de la razón, de la conciencia moral y de la tradición. Los conceptos cosmogónicos son resultado de la razón en las religiones antiguas. La mitología es producto de la imaginación, que llevando su influjo á los órdenes mencionados teológico y cosmogónico, ocasionó la serie de alteraciones que constituyen los sistemas míticos de la antigüedad, sobre la base objetiva de la realidad divina y de la realidad cósmica, restándole á la primera su suprema incorpórea individualidad, y personificando en la segunda las fuerzas invisibles y sus conceptos abstractos. Ni el concepto de la divinidad, ni el de los fenómenos de la naturaleza podían ser accesibles á las fuerzas de la fantasía, sino á condición de someterlos ésta á las transformaciones todas que responden fundamentalmente á las dos señaladas.

La descomposición de la idea primordial de un supremo Ser único, comienza en la antigüedad por una vaga designación múltiple de una Divinidad común, que luego se traduce por expresión real de divinidades distintas, bien que sin atribuirles todavía una individualidad fija y determinada, como se ve claramente en el Panteón primitivo egipcio, babilónico, fenicio, etc., hasta convertirse en personalidades independientes, cuya última evolución es la forma mítica del *antropomorfismo*, donde los dioses revisten las condiciones de la humana naturaleza, y representan tan crudamente su depravación y sus miserias. A la vez la individuación de las fuerzas de la naturaleza (á lo cual siguió la de múltiples seres abstractos) y su expresión simbólica, vino á parar al *fetichismo*, haciendo que lo que primeramente representaba una manifestación ó energía del orden cósmico, se aislase de esta su significación, y terminase en la creación, de otra manera inexplicable, del culto fetichista. Fruto natural y espontáneo de estas desviaciones sucesivas fué la *idolatría*, la cual si en rigor puede darse sin el *politeísmo*, como el politeísmo sin la idolatría, de hecho é históricamente se completan entre sí, traduciendo ésta como consecuencia propia de aquél y completando el cuadro evolutivo, pero en orden descendente y regresivo, cuyo ligero bosquejo

enciérrase en las líneas que acabamos de trazar. Entrar en ulteriores declaraciones en la materia, seguir paso á paso las transformaciones religiosas á través de los pueblos y edades, está fuera de los dominios de la Filología comparada, y pertenece directamente al estudio comparado de las religiones, donde la crítica se encarga de colocar en sus lugares respectivos los múltiples equivocados sistemas que se disputan el dominio de dicha ciencia (1).

Y con lo dicho cerramos la serie de nuestras disquisiciones y ponemos término á estas páginas escritas como estudio sistemático de los problemas múltiples que se ofrecen en la Ciencia del Lenguaje. No será difícil por la lectura de ellas vislumbrar la extensión de los vastos dominios de la ciencia que nos ocupa, así como la inseguridad de gran parte de los procedimientos empleados hasta ahora para explorarlos y conocerlos. Y habrá de colegirse también que sin método seguro y atinado, sin el detenido estudio de la naturaleza del lenguaje en el hombre que le habla, y sin aquellos principios de la Psicología y disciplinas auxiliares que son base obligada de la Ciencia del Lenguaje, en vano será que se intente penetrar acertadamente en los grandes problemas de la Filología comparada.

A ese mundo nuevo, como le llamó Bopp en la introducción á su *Vergleich. Grammatik*, feraz región de vastos y espléndidos horizontes, continente lejano de fauna y flora hasta aho-

(1) Desde el *tradicionalismo* hasta el más extremado *ontologismo*; desde el *sentimentalismo* de Schleiermacher, hasta el *pesimismo* de Schopenhauer, y la fórmula del *Inconsciente* de Hartmann, etc.; desde el trascendentalismo hegeliano hasta el empirismo positivista; desde el *henotismo*, en fin, de M. Müller, hasta el *animismo* de Tiele, puede decirse que cada exposición de los orígenes religiosos es un reflejo vivo del sistema general filosófico en que se funda, y por lo mismo entrañan siempre dichas teorías los defectos capitales de las varias escuelas que representan. La crítica, pues, filosófica en este punto es también la representante de la crítica religiosa y teosófica, reforzada poderosamente en no pocos casos por los datos históricos de las religiones comparadas, los cuales, por otra parte, confirman plenamente el proceso evolutivo en orden descendente y regresivo de las creaciones míticas, como arriba lo dejamos indicado.

ra ignoradas, para cuya conquista hay que atravesar el inmenso lago que separa los antiguos tiempos lingüísticos de los tiempos nuevos, no es posible arribar sin el eficaz auxilio de una dirección experta, y sin que aquellas verdades especulativas que, como las constelaciones en el fondo de nuestro cielo, brillan en el firmamento de la ciencia, presten al navegante sus fulgores, y el centellear sereno de los altos principios de una filosofía bien entendida venga á darle norte seguro para llevar á feliz término sus exploraciones.

Es á eso á donde hemos encaminado nuestros esfuerzos en las anteriores páginas; á presentar á la consideración del lector, siquiera sea de una manera general, los puntos capitales de la Filología comparada, á sugerirle aquellas ideas que hayan de ayudarle á formar un sano criterio acerca de ellos, mostrando al mismo tiempo los atractivos de un estudio hoy descuidado totalmente entre nosotros, y á patentizar con el testimonio irrefragable de la vida histórica de la Ciencia del Lenguaje, la necesidad así de dirección especulativa, como de verdadero sistema que encauce los múltiples raudales de las disciplinas glotológicas.

Mas ¿será menester, ante los nuevos derroteros glotológicos, ante las actuales aspiraciones de la Filología comparada, sacrificar la tradición antigua de la ciencia especulativa, olvidar los principios formulados por otras generaciones sobre las humanas facultades y la naturaleza de las leyes que las rigen, y romper la cadena de oro de las altas investigaciones psicológicas, entrando de lleno en la caudalosa corriente que arrastra hoy y envuelve en sus aguas no cristalinas á los más esclarecidos representantes de las investigaciones lingüísticas? Muy lejos estamos de creerlo así, y es lástima grande que sin parar mientes en la trascendencia que ello encierra, vayan también los glotólogos á quemar su grano de incienso ante el viejo y mermado ídolo que hoy se engalana con los vistosos ropajes de la ciencia nueva, ante los altares del positivismo.

De todos modos fuerza es reconocer que la Filología comparada, siquiera admita un evolucionismo legítimo, no puede sujetarse á las estrechas fórmulas positivistas. Tanto valdría pretender ajustarle á ellas, como arrebatár el carácter científico á uno de los estudios de más brillante porvenir, condenar-

le á un empirismo estéril é infecundo, y segar en flor la mies copiosa, cuyos ópimos frutos hubieran luego de ofrecerse á nuestros ojos, si el ambiente y luz que reina en las elevadas esferas de una sana filosofía hiciese llegar allí su acción é influjo bienhechores.

Cuando la Filología sintiendo el hábito de la vida y el vigor de sus juveniles energías invitaba á los hombres más eruditos de Europa á remover los escombros acumulados por tantas centurias sobre los pueblos más cercanos á la cuna de la humanidad, y convidaba á todos los sabios del orbe á sentarse sobre las ruinas de los antiguos hipogeos; cuando penetraba henchida de esperanzas en las más oscuras regiones de la historia, y turbaba el sueño de los Faraones y descubría en las cercanías de la más deliciosa ciudad egipcia la estela de la Rosseta, y encontraba cargados de símbolos, inmensos edificios, vastos muros de templos derruidos, estatuas, tumbas, obeliscos y pilastras, que, como piedras miliarias, le fijaban el camino á través de las edades; cuando las bellas llanuras de Asiria dejaban al fin caer el velo de sus misterios y se nos ofrecían sembradas de preciados restos, piedras valiosísimas de literaturas desaparecidas, que venían á darnos la llave de sus pasados venturosos tiempos; cuando prestaba atención á los acentos inimitables de los pueblos é idiomas de Oriente, ó escuchaba los himnos de los grandes cantores védicos, para medir la fuerza gigantesca que ellos desplegaron, apreciar los destellos del genio y pesar y aquilatar las fases de las más notables literaturas antiguas; cuando, en fin, derribaba la primacía etnográfica de los persas y griegos (como derribaba la lingüística del griego, latín y del mismo sánscrito), estudiaba cuidadosamente las civilizaciones, reduciendo á menudo polvo todos aquellos alcázares históricos y numéricos que fantasías exaltadas habían levantado sobre las ruinas de pueblos antiguos y sobre sus mentidas cronologías, aclarando, corrigiendo ó modificando muy diversos puntos en el cuadro general de las disciplinas humanas, estaba muy lejos la nueva ciencia de llamar en su apoyo, ni haber menester en caso alguno de fatalismo positivista, acatando sus máximas enervantes y sin principios. Antes por el contrario, no hay un solo descubrimiento filológico verdaderamente científico que no lleve las

huellas de la investigación psicológica, y son las doctrinas de orden especulativo los faros radiantes de luz que le han mostrado el camino en sus arriesgadas empresas, y que, al internarse en las excursiones de Oriente, le han prestado eficaz auxilio, ordenando y armonizando sus estudios, y dándole sobre todo aquella especial firmeza con que pudo mantener enhiesta la insignia de sus ideales, sobreponerse al movimiento tumultuoso que los nuevos problemas hubieron de suscitar, y permanecer fija en medio de los frecuentes vaivenes de los estudios orientales, como una esfinge inmóvil en medio de la movediza arena del desierto.

Desde las alturas del espiritualismo científico son grandes los horizontes, y hermoso y dilatado el cielo del saber; y es desde allí desde donde podremos observar el organismo de cada ciencia, fijar las leyes de sus movimientos y hallar las trascendentales relaciones que existen entre ellas, y que habrán de llevarnos, como cifra y remate de todo, á reconocer la existencia de aquel eterno compás con que el gran *Geómetra*, que dijo Platón, ha trazado á la luz soberana que destella del abismo de su altísimo ser las órbitas de toda verdad, y á proclamar á la realidad divina principio y centro de la realidad humana y de la realidad cósmica, como ya bellamente lo significaron aquellos versos órficos:

Zeús ἀρχὴ Zeús μέσσα Διὸς δ' ἐκ πάντα τέτυκται.
Zeús πυθμῆν γαίης τε καὶ οὐρανοῦ ἀστερόεντος.

*Sale á luz esta obra con la autorizaci3n del Emmo. y Revmo. Se-
ñor Cardenal Arzobispo de Santiago.*

ERRATAS

Son varias las que se han deslizado en el decurso de esta obra, muchas de ellas inevitables dadas las condiciones en que hubo de hacerse esta edici3n, y todas de escasa importancia y f3cil interpretaci3n. Por esto 3ltimo hemos preferido dejar su enmienda al buen sentido del lector, á presentar aqu3 una lista de correcciones que estimamos innecesaria. Notaremos sin embargo como erratas m3s salientes en este volumen: en la p3g. 91, lin. 12, se dice *una irregularidad*, por *una regularidad*; en la p3g. 534, lin. 13, *extenuadamente*, por *extremadamente*; en la p3g. 546, lin. 25, *allgemein annerkant*, por *allgemein* etc., y en la p3g. 576, lin. 24, *tiempo infinitivo*, por *tiempo infinito*.

